

## SOBRE LA AUTORA

► **Esperanza Ortega.** (Palencia). Escritora, poeta, editora y crítica. Licenciada en Filología Románica, ha publicado cinco libros de poemas: 'Algún día' (E. Portuguesas), 'Mudanza' (Ave del Paraíso), 'Hilo solo' (Visor), 'Lo que va a ser de ti' (Plaza Janés) y 'Como si fuera una palabra' (Lumen). Figura, entre otras, en las antologías 'Ellas tienen la palabra' (Hiperión) y 'Las ínsulas extrañas' (Galaxia Gutenberg). Recibió el Premio de poesía Jaime Gil de Biedma por su libro 'Hilo solo' en 1995, además del Premio Giner de los Ríos de ensayo por 'El baúl volador' y el Premio de Cuentos Jauja por 'El dueño de la casa'. En su labor crítica destaca la antología de Francisco Pino titulada 'Siempre y nunca', (Cátedra, Colección Letras Hispánicas), además de la biografía novelada de Garcilaso de la Vega (Omega. Vidas célebres, 2003). En 2009 publicó sus recuerdos de infancia y juventud en un libro titulado 'Las cosas como eran' (2009). Ha colaborado en revistas de poesía como 'Sibila' (Sevilla), 'Revisatlántica' (Cádiz), 'Rosa cúbica' (Barcelona), 'Cuadernos del matemático' (Getafe), 'Condados de Niebla' (Huelva), 'Vuelta' (México DF), 'Falar-Hablar de poesía' (Madrid-Lisboa) y 'Hueso húmero' (Lima) entre otras. Ha sido codirectora de la revista 'El signo del gorrión', de Valladolid, además de dirigir la colección Vuelapluma de Editorial Edilesa. Es articulista semanal en El Norte de Castilla.



Próximo jueves,  
19 de febrero,  
**Gonzalo Santonja en  
Béjar (Salamanca)**

→ quietas profundidades concediéndonos la deseada libertad. Olvidamos este lugar y este siglo, y fuera de los enojosos límites de espacio y de tiempo, paralizamos nuestros movimientos, sobrecogidos de extraordinaria emoción. Cerramos los ojos, y en posesión de lo contemplado, permitimos que, a costa de nuestro callado vivir material, se desarrolle y expanda la vida del espíritu. Para lo que está desnudo y se proyecta más allá del tiempo, también nuestra alma desnuda sobre la caediza actualidad...».

Sí, hay que cerrar los ojos para ver lo invisible, esa cualidad que Pino identificaba con la tierra de Castilla: «¿Existirá Castilla en la mañana?», se pregunta el poeta, y la voz del paisaje le contesta que sí, «donde se escucha volar, aunque el sonido se pierda...». Rilke también lo había dicho con su voz de poeta total: «...porque los hombres somos las abejas de lo invisible. Libamos



▲▲ En la parte superior, una típica 'picota', empleada como bodega en Autilla del Pino.

▲ Apenas algún abrojo y otras pequeñas plantas decoran el terreno.



▲ Un rebaño de ovejas.

desesperadamente la miel de lo visible para acumularla en la gran colmena de oro de lo que no se ve». Para ver lo invisible, los seres humanos abandonaron su instinto animal de vigilancia y se entregaron al placer contemplativo. ¿Fue aquí donde un día decidió erguirse el primer hombre? Yo creo que muy bien pudo ser aquí donde abandonó la ruín existencia a cuatro patas que únicamente le permitía ver su propia sombra sobre el suelo. Aquí precisamente, en esta tierra sin caminos, donde solo sus huellas comenzaron a dibujar un destino humano. Cuando la tierra aún era plana y todo era más allá. Pero el mundo ha dado muchas vueltas desde entonces, y se han sucedido las noches y los días. Y en aquella tarde rememorada, el día acabó cediendo y se puso el sol. ¡Qué puesta de sol la de Autilla del Pino! ¡Qué dramatismo sosegado el de su luz en derrota! No intenten contarle a na-

die cómo es, díganles que vengan hasta aquí a mirar.

De entre las muchísimas veces que volví durante mi infancia al mirador de Autilla, hay otra que no he olvidado. Lo conté en mi libro 'Las cosas como eran', y no voy a repetirlo aquí de nuevo, con todos sus detalles. Solo diré que fue la última tarde que mi padre salió de casa, el día en que yo me di cuenta de que se iba a morir. Casi no se tenía en pie cuando se apoyó en la barandilla del mirador. La tarde aquella, ni mi madre ni yo mirábamos el paisaje, le mirábamos a él, que miraba por nosotros el día sin final. Desde entonces veo siempre lo mismo en Autilla del Pino: vida y muerte mirándose a los ojos, promesa y olvido, destino y ocaso, primer y último día. Y escucho una voz tan ancestral como la del Génesis. Me dice: en la placidez de esta planicie ilimitada, Dios se quedó en silencio y decidió tenderse a descansar. ¿Aún sigue allí?